



NOTA EDITORIAL

DISCURSOS

pronunciados por el Profesor Decano Jorge E. Cavelier y el Profesor Roberto Franco con ocasión del nombramiento de profesores honorarios.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. DECANO JORGE E. CAVELIER

Señor Ministro, señores Profesores, señores.

Un singular honor cúpleme en este día y en esta hora, al tocarme ofrecer a los distinguidos Profesores Julio Manrique, Roberto Franco, Rafael Ucrós, y José María Montoya, este sincero y cordial homenaje de admiración, respeto y cariño, que hoy les rendimos dentro de un ambiente del más puro compañerismo.

Muy cortas habrían de quedar mis palabras al intentar un elogio de estos ilustres varones del pensamiento y de la acción, para quienes la Facultad de Medicina, la Universidad Nacional y la sociedad entera aunan su gratitud, exaltan sus virtudes y señalan sus vidas como ejemplo a las generaciones del presente y del porvenir.

Como insignes maestros, las semillas por ellos sembradas al través de su meritoria labor profesoral; como hombres de ciencia; como patriotas y ciudadanos intachables, sus nombres están grabados imperecederamente en el corazón de todos los colombianos y su prestigio ha traspasado las fronteras de la patria, señalándolos como merecedores de los más altos honores.

Todos los aquí congregados bajo un mismo sentimiento de veneración y amistad, sentimos la más honda emoción ante los maestros insignes que, en incansable lucha por el progreso de la medicina nacional y

prestigio de la carrera médica, han consagrado muchos años de su vida al estudio y a la enseñanza, para elevar al alto nivel que hoy tiene nuestra Facultad de Medicina. Ennumerar la magna obra cumplida por ellos hasta hoy, y la mayor que han de continuar haciendo, en el futuro, sería tarea extensa, de profundo estudio, digna del más alto lugar académico, pero imposible de ceñir al estrecho límite de este cordial ofrecimiento.

Motivo sí, de íntima satisfacción para todos los que conocemos la obra realizada por los Profesores Manrique, Franco, Ucrós y Montoya, es ver ya cumplida por la Universidad Nacional su consagración definitiva como maestros de maestros. Tal es el hondo significado del Título de Profesores Honorarios, otorgado recientemente a los Profesores Manrique, Franco Ucrós y Montoya, para quienes, interpretando un sentimiento unánime de todos los médicos aquí reunidos y de un extenso número de los ausentes, presento nuestra felicitación sincera y nuestros votos fervorosos por tan noble y merecida exaltación.

Nuestra Facultad de Medicina que se honra una vez más con los nuevos títulos adquiridos por sus insignes conductores, siéntese orgullosa de contar siempre entre el número de sus mentores espirituales, a los Profesores Manrique, Franco, Ucrós y Montoya, para quienes la cátedra libre, digna del más alto prestigio profesoral, estará siempre abierta, señalando en ellos el deber de continuar su obra para bien de la patria y progreso so incesante de nuestra Facultad. Profesores y estudiantes oiremos complacidos sus sabias enseñanzas y la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional continuará adquiriendo el más alto prestigio.

Interpretando el querer patrio, ha querido asimismo, el Gobierno Nacional honrar a los Profesores Manrique, Franco, Ucrós y Montoya, concediéndoles la Cruz de Boyacá, insignia de merecimientos, ganada en justa lid del espíritu, y la cual prenderá sobre su pecho el señor Ministro de Relaciones Exteriores, que nos honra con su presencia.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. ROBERTO FRANCO

Señor doctor Jorge Cavelier, Decano de la Facultad de Medicina, señores Profesores.

Distinguidos colegas y amigos:

La suntuosa manifestación que nos brindáis esta noche, inspirada en el amor y el cariño que nos merece nuestra Facultad de Medicina y las

labores de su profesorado es para nosotros de altísimo valor y digna de nuestro mayor aprecio.

Las ilustres personalidades que nos acompañan en esta mesa, por sus elevadas dotes intelectuales, por su alta cultura científica y más que todo por la eminente y noble cumbre moral que ellas encarnan representan un selecto grupo profesional exponente brillante de la ciencia y del profesorado.

La presencia de cada uno de vosotros trae a mi memoria el grato recuerdo de nuestras labores de estudio y la consagración de largos años de intenso trabajo en las clínicas de nuestros hospitales y en el diario ejercicio de nuestra noble profesión. Algunos, poco numerosos ya, mis condiscípulos desde los primeros años de nuestros estudios, la mayoría formada por discípulos preciados y compañeros de labores en las últimas décadas, todos representan un dilecto núcleo que ha constituido siempre para mí un valioso estímulo para el cotidiano trabajo y un suave lenitivo en las inevitables contrariedades de la vida diaria.

Todos los aquí presentes estamos unidos por vínculos sagrados de solidaridad profesional, por el anhelo de contribuir al progreso de la ciencia y al adelanto de la medicina, que por los nobles objetivos que le corresponden y los altos fines que está llamada a cumplir en la sociedad en que vivimos, representa la tarea más digna y elevada a que puede aspirar el alma humana. Los que hemos consagrado nuestras actividades a tratar de alcanzar este ideal y a preparar a todos los que se consideren dignos de colaborar en esta obra, debemos unir nuestros esfuerzos para lograr el éxito deseado.

La refinada selección de un personal que reúna las dotes superiores que esta empresa reclama, constituye la base fundamental para su desarrollo. Sólo contando con unidades humanas cuya alta cumbre moral, cuyo temple de carácter, corrección de conducta y pulcritud de procedimientos estén a la altura de la misión que les está encomendada se puede aspirar a coronar el éxito. Felizmente, las eminentes personalidades que me escuchan y que integran las entidades directivas a quienes está encomendada su organización, ostentan estas bellas cualidades y pueden alcanzar con su ejemplo y con sus enseñanzas a infundir en los que han de sucedernos las prendas que nos permitan tener confianza y fe en el porvenir dada su organización, ostentan estas bellas cualidades y pueden alcanzar de nuestra noble profesión.

El templo de la Medicina, nuestro templo, exige una perenne vigi-

lancia, velar por la pureza y corrección de los que en él ofician es para todos nosotros un deber sagrado. Unidos estamos por una larga vida de esfuerzos y labores a la que hemos consagrado toda nuestra existencia y ello nos obliga a continuar persiguiendo este ideal que todos anhelamos.

Permitidme señores que al reiteraros nuestro cordial y profundo agradecimiento por esta espléndida fiesta con que nos habéis regalado esta noche, colmándonos de honores y prodigándonos agasajos y atenciones que nunca olvidaremos, levante mi copa por el engrandecimiento de la ciencia patria, por el ennoblecimiento de nuestra digna profesión y por la salud y bienestar de cada uno de nuestros anfitriones.

